



Nellie Campobello:

la brevedad
y la forma

Brenda Ríos

Necesitaba tener en mi alma de niña aquellos cuadros llenos de terror, lo único que sentía era que hacían que los ojos de mamá, al contarlo, lloraran
—NELLIE CAMPOBELLO

SE NARRA DESDE UN LUGAR. A veces se escoge ese lugar desde donde narrar. A veces se elige la voz desde donde narrar. Y el tiempo por otro lado. Un tiempo de afuera hacia dentro. O de lo interno hacia afuera. Se narra desde varios ámbitos, desde una esquizofrenia exquisita, desde una topología necesaria, inventada, para poder ser uno y más que eso: poder ser otros además de uno. Poder ser el uno que somos cuando hablamos en plural de algo que sólo sabemos por nosotros mismos. Nellie Campobello habla de ella y de un territorio particular: el norte del país en plena Revolución mexicana: “Junto a Chihuahua x estación, un gran campamento villista”. Ella es la voz de una niña que recuerda tiempo después lo que pasó.

La forma no se desvanece. La forma de la violencia en su escritura. La forma es un marco que centra, da sentido, orienta, marca una dirección. Nos desplazamos de una forma a otra como si fueran ventanas. Y lo son. Ventanas hacia fuera, hacia los parques, hacia el pasado, hacia dos siglos antes, hacia dos siglos después, hacia nuestro propio tiempo, nuestro propio paisaje visto desde la cocina cuando se lavan los platos. Nellie Campobello



Fotografías: Alejandro Zúñiga García

ha sido llamada una narradora de lo cotidiano, de lo cotidiano de la Revolución. Así, una narradora de la guerra cuenta los pequeños incidentes que ocurren mientras las grandes cosas se celebran y alguien cuenta lo que parece no importar. Testigo ella misma, la voz de una niña habla y cuenta con ese tono infantil de contar sin juzgar, sin saber muy bien dónde termina el bien y dónde el mal, sólo se cuenta, como en afán de nota roja o de informe médico; de autopsia, los hechos. De pronto, sí, aparece esta niña inclinada sobre los muertos y conmueve que los vio una sola vez, que recibía dulces de uno que luego matarían a la primera; una niña que caminaría las calles desoladas por los hombres que se van al monte, a matar y dejarse matar. Los héroes que existen en un tiempo donde alguien necesariamente tiene que contar las hazañas, las partituras de una aldea que se vacía y las mujeres quedan a la espera de los hombres; donde las mujeres que cumplen un destino de hombres y viceversa.

La niña testigo. La niña narradora. La voz femenina pero resguardada en el tiempo de atrás de sí misma: en recordar las historias que vio y vivió porque ver no siempre es vivir y vivir no siempre implica saber ver. El mundo del norte del país en plena revolución, las

invisibles batallas que se desconocen, las batallas del día a día, de la sobrevivencia de los soldados rasos pobres. Las rencillas familiares, las cotidianas venganzas, las peleas por amor, las historias de amor y de espera. Estos relatos vienen ahora y no parecen viejos; es más, son tan jóvenes que dan miedo. Son tan reales que dan miedo. Precisamente ahora, más que nunca, cuando no hay revoluciones pero sí una guerra de bajo impacto en el país, cuando las notas rojas y los crímenes por narcotráfico y violencia doméstica operan de un modo insostenible, precisamente ahora y no ayer, no antes de ayer, es cuando la escritura de Campobello es tan precisa que eriza la piel. Es tan inocente en su perversión periodística, es tan cruenta en este hatajo de datos enmarcados en detallitos precisos, justo éstos, los que hacen la distinción entre lo que se lee y lo que se vive. Su escritura pues es de una magnificencia precisa: da en el clavo: sólo contar lo que se sabe. Nada más. No hay excesos, no hay cortes torpes; es de una precisión quirúrgica. No sobra nada, y lo que hay es de una riqueza doble: por lo que hay y por lo que está fuera de ese haber. La escritura como proceso de selección es también exclusión y eso suele pasarnos de alto por su obviedad. Conviene retomar esta misma obviedad para

ajustarnos la mirada en ella: esta escritura que seduce por lo que tiene y por lo que no tiene.

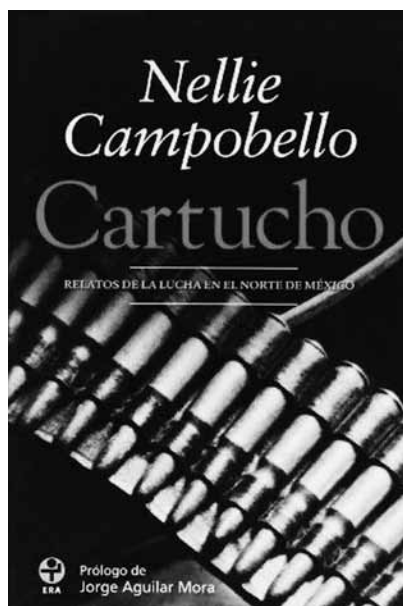
Aplaudida en su momento por Martín Luis Guzmán, la joven escritora no sabría que su obra se convertiría en algo muy singular. Quizá no alabada o incluso leída en su tiempo, pero finalmente, el tiempo sí cumple su ejercicio de azogue y de temple: de colocar las cosas en su sitio. Ahora, a ochenta años de la publicación de *Cartucho. Relatos de la Revolución mexicana*, su elaboración muestra lo fehacientemente lúcido, estremecedor y feroz de un tiempo que es también nuestro tiempo.

Se creía, erróneamente, que la sombra de Martín Luis Guzmán era demasiado poderosa sobre ella, que influyó en que su obra no fuera tan reconocida en su momento; sin embargo, no fue así. No fue ésta una historia de la mujer que escribe frente al hombre que escribe al inicio del siglo xx y la injusticia de género, tan viva por otro lado. Campobello contaba con el apoyo y admiración de Luis Guzmán. Por otras razones fue dejada a un lado. Por esas razones extrañas de algunas obras permanecen en el olvido pese a su calidad. Finalmente ahora se vuelve a hablar de ella, a leerla y a estudiarla.

Hay algo en la levedad que obliga a revisar la escritura. Decir menos es decir más, implica también una necesaria búsqueda, una reflexión, un sitio de lenguaje, un lugar propio.

Es importante volver la mirada a una escritora de tal profundidad y capacidad de análisis. Vio en las escenas marcadas de su visión lo que fue la Revolución: escenas de lo pequeño, de lo que a nadie le importa, de lo que nadie más ve por tan visible que es. Una niña observa y cuenta. Una niña que es un punto de vista y una narradora implacable: no abunda en adjetivos. Las cosas son como son. Las palabras se dicen tal cual. Tampoco hay una reconstrucción tal de la lengua hablada, coloquial, como sí la hay en *Los de abajo*. En *Cartucho* se nota otra intención, otro sentido: esta síntesis es absoluta, al borde del silencio siempre. La separa del silencio total un mínimo gesto, como si contara en secreto lo acontecido y el tiempo estuviera contado. Como si estuviera escondida en un baúl y tiene que contar lo que pasa antes que lleguen los grandes y la descubran y no pueda seguir contando su historia. La historia que es todos. Ella sabe que su voz no es propia, y que no sólo representa otras sino que en su propia inmersión habla también del tiempo que fue





y que será olvidado. Esta voz es, pues, un testimonio. Y, como tal, se lee de dos formas: una, como una reflexión desde el presente hacia el pasado, construido en ficción, y dos, como un relato de los acontecimientos tal y como sucedieron. ¿Dónde empieza un modo y dónde el otro? ¿Qué podemos creer de todo esto?

Las manos de mamá se considera un poema en prosa, esta relación de la hija-narradora con la madre-personaje que a veces parece que es ella misma a la que le sucede todo. Mientras que *Cartucho* es un despliegue de estampas visuales de la Revolución, pero no de esa misma Revolución de Guzmán o de Azuela; estas estampas de Campobello responden al ámbito de lo personal, de lo íntimo, del retrato último del soldado en dos palabras, en un gesto, cuando se ve a alguien por última vez sin saber que es la última vez.

La narrativa mexicana contemporánea le debe más a Campobello de lo que admite: ese encuentro, que ya no búsqueda, con la brevedad, el acierto en la forma y en ese modo de impactar por lo que está y por lo que no está: su escritura es también un modo de la ausencia. No se trata de acercarse al sujeto de la imagen, se trata de comprender que este sujeto estaba ahí, en un paisaje, en una temperatura, en un modo de ánimo, este sujeto

de miedo o de coraje dispuesto a irse porque no tenía otro modo de estar y ella, la narradora, hace *click* antes de despedirse.

A Nellie Campobello la sumió la falta de atención. Pasaron años antes que supieran, y eso mediante una investigación policiaca, que vivía secuestrada. Ambigua era su relación con la estudiante que terminaría viviendo en su casa, haciéndose cargo de sus pertenencias. Como si fuera además de todo un castigo envejecer sola. A expensas de los truhanes lo que sorprende es dónde estaban los familiares y amigos.

Sus huesos se encontraron enterrados en el jardín de su casa. Cuando la policía llegó ella tenía tres años de enterrada. La comunidad cultural se conmovió, es verdad, pero verdad es también reconocer que llevaba años olvidada. Ella y su obra. Algo sucedió que hizo que su obra quedara relegada, y de pronto el suceso de su muerte hace voltear hacia ella y, de paso, a reeditar sus libros. Una obra tan singular y representativa vivió en la oscuridad por un periodo; ahora toca no olvidar el gesto de lo pequeño y lo estremecedor.

Su obra nos brinda la posibilidad de ser esa niña que acompaña a la madre en los campamentos villistas y carrancistas, de buscar con ella al hermano perdido, al vecino muerto a balazos, al novio de la madrina, al hombre que, sin saber qué buscaba, sólo se iba, ese mismo hombre que en ausencia significaba tanto porque esa ausencia demarcaba el territorio de ella misma. El hombre ausente es también metáfora de esto que no está en lo que se escribe. ■